

## LA EUROPA DE JOSÉ ENRIQUE RODÓ

MARCEL NAGY

Investigador independiente  
Budapest, Hungría

*Fecha de recepción:* 06/06/2023

*Fecha de aprobación:* 02/07/2023

**Resumen:** El uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917) es llamado “el maestro de América” por sus ideas sobre la originalidad de la cultura latinoamericana, basada en la herencia europea. Rodó veía en Europa una de las raíces “civilizadoras” del continente, que como él mismo aseguró, “ha adoctrinado” y “ha amamantado en sus ideas de libertad y de justicia” a América Latina. A pesar de reconocer a Europa, principalmente la hispana o latina, como uno de los elementos más importantes en la construcción de la cultura americana, siempre aseguró que ésta debía ser original y propia. Rodó pasó los últimos meses de su vida en el viejo continente, donde, entre otros, escribió sobre la Gran Guerra, el nacionalismo catalán o las ciudades italianas. La ponencia presenta esa imagen que Rodó pintó sobre Europa.

**Palabras clave:** historia, viaje, filosofía, literatura.

**Abstract:** The Uruguayan José Enrique Rodó (1871-1917) was called the “master of America” for his ideas about the genuineness of Latin American culture, based on European heritage. Rodó saw Europe as one of the “civilising” roots of the continent, which, as he himself claimed, “has indoctrinated” and “has breastfed Latin America in its ideas of freedom and justice”. Despite recognising Europe, mainly its Hispanic or Latin influence, as one of the most important elements in the construction of American culture, he always emphasised that it had to be genuine. Rodó spent the last months of his life in the old continent, where, among other things, he wrote about the Great War, Catalan nationalism, and Italian cities. The lecture presents the image that Rodó painted of Europe.

**Keywords:** History, Travel, Philosophy, Literature.

*Reformarse es vivir. Viajar es reformarse*  
José Enrique Rodó

Las propuestas de modernización eurocéntricas de la elite criolla latinoamericana para finales del siglo 19 incluyeron la idea de que el continente debe encontrar su propio rostro para poder modernizarse e integrarse en el mundo occidental. Cada vez más pensadores e intelectuales latinoamericanos reconocieron que la simple reproducción de lo europeo no es el modelo que las nuevas naciones independizadas de España (mediante luchas y movimientos emancipadores claramente influenciados por el pensamiento europeo contemporáneo y de las

décadas anteriores) deberían seguir para encontrar y desarrollar su propia civilización. Esta idea estaba presente en el pensamiento latinoamericano ya antes del siglo 19 y desde Andrés Bello hasta José Enrique Rodó y José Martí muchos intelectuales de la época propusieron rechazar la simple copia de las ideas importadas desde Europa y argumentaron a favor de construir una cultura o civilización “americana”, apoyándose en lo que han heredado del viejo continente, o dicho de otra manera, con las palabras que Leopoldo Zea con las que se refería a la obra de Rodó “Las experiencias europeas y estadounidenses serán buenas experiencias si son puestas al servicio de Latinoamérica y de su cultura, asimiladas por ellas” (1986, 290). José Martí expuso claramente este pensamiento en su ensayo “Nuestra América”:

Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! (1986, 127).

Rodó, cuyo pensamiento tiene mucho más en común con el de Martí de lo que parece a primera vista, fue uno de los primeros que abogó por una cultura y civilización propia y original de América Latina, una idea que desarrolló en varios ensayos sintetizados en su *Ariel* (1900). Rodó admiraba y conocía profundamente la cultura europea, pero antes de todo la grecorromana, que era una fuente de inspiración cuando elaboraba sus ideas sobre el americanismo, *ariélismo* o la crítica literaria. En *Ariel* desarrolló sus ideas sobre la originalidad de la civilización latinoamericana, espiritualmente superior a la de América del Norte de la que también era un contrapunto, afirmaba el uruguayo, planteando las dicotomías de la espiritualidad frente al utilitarismo, la civilización frente a la barbarie, lo latino frente a lo sajón. En esas páginas expresó también su infinita fe en la juventud, como clave del futuro (Nagy 2000, 29-31). En una carta enviada en 1904 al escritor peruano, Francisco García Calderón decía: “¡Y cuánto hay que hacer en nuestra América por medio de la pluma, así en materia literaria como en la propaganda de ideas morales y sociales! Yo tengo fe en la juventud que *llega*” (Rodó 1967, 1437-1438. Cursiva del autor).

El *ariélismo* (basado en las ideas del *Ariel*) en sí se convirtió en un pensamiento político-filosófico-moral original, que ha influido a intelectuales contemporáneos y de generaciones posteriores en todo el continente. “Ariel fue el grito humanista contra el utilitarismo en la coyuntura histórica de mil novecientos” (Andueza 2001, 36) y más allá, también constituyó una de las importantes bases de toda la labor posterior del uruguayo. “Mi Ariel es el punto de partida de ese programa que me fijo á mí mismo para el porvenir”<sup>1</sup>, escribía Rodó en una carta enviada al español Miguel

---

<sup>1</sup> En las citas he copiado los textos al pie de la letra, sin corregir los eventuales errores.

de Unamuno en 1900 (Unamuno 2016, 50). La búsqueda de la originalidad de la cultura latinoamericana estaba estrechamente ligada al mandato moral que caracterizó toda la obra de Rodó: el de desarrollarse a sí mismo a través de la enseñanza, la lectura y en general el conocimiento, en delicado equilibrio con la dedicación al ocio.

## La herencia europea

A lo largo del siglo 19 las élites de las repúblicas latinoamericanas que después de la consumación de la independencia buscaban soluciones a sus problemas sociales, políticos, económicos y culturales, se basaban en las ideologías “importadas” desde Europa. Coincidimos con Charles A. Hale quien asegura que “[...] la cultura de las élites gobernantes e intelectuales de América Latina es íntegramente occidental” (1991, 1). Sin entrar en el análisis de las corrientes filosófico-políticas del siglo 19 en América Latina, cabe asegurar que el pensamiento político de la élite latinoamericana (por muchas razones) partía de una base liberal que desde mediados del siglo en muchos casos se convirtió o fue sustituido por versiones locales del positivismo. En lo económico estos grupos sociales estaban ligados a través de Europa al sistema mundial de una manera semidependiente, mientras que en lo político e ideológico las diferentes generaciones de intelectuales desarrollaron un pensamiento original.

Los lazos con Europa y EE. UU. (o dicho de otra forma: con el liberalismo) de las élites criollas que consumieron la independencia en América Latina eran innegables y constantes. En las últimas tres décadas del siglo 19, influenciados por el positivismo muchos pensadores consideraban que las nuevas naciones deberían plantearse como modelos a los países anglosajones o los otros pueblos del norte occidental, para así romper los lazos con su latinidad, que para muchos representantes de esta generación significaba un obstáculo ante el desarrollo (Anderle 1989, 105-149). Desde finales del siglo escritores, pensadores e intelectuales modernistas intentaron dejar atrás esa herencia positivista y acudieron a “la confrontación y asimilación de la cultura europea”, para perfilar la conciencia latinoamericana, legado de las luchas de independencia (Gutiérrez Girardot 1993, 504). Como ya lo hemos mencionado José Enrique Rodó siguió la misma senda, acentuando la importancia de crear una civilización o cultura propia, basada en las tradiciones europeas, con raíces en las grecorromanas. Grecia, en especial, “preside en lo más bello y más sólido de nuestro pensamiento. Aquel pueblo único produjo para la humanidad su obra cien veces gloriosa; y ella dura y durará por los siglos de los siglos”, escribía el uruguayo. La cultura griega, proseguía el autor de *Ariel* en su ensayo “Liberalismo y jacobinismo”, ha suministrado el “agua pura de la verdad y la naturaleza” al espíritu de nuestra civilización (Rodó 1967, 274). La América hispana había heredado la cultura europea, que se había convertido en la raíz “civilizadora”

que “ha adoctrinado” y “ha amamantado en sus ideas de libertad y de justicia” al continente, aseguraba Rodó en un discurso que pronunció en Chile como enviado del senado uruguayo con el motivo del centenario de la independencia del país:

La Europa civilizadora, que nos ha adoctrinado, que nos ha amamantado en sus ideas de libertad y de justicia, fruto de su experiencia y de su genio, tiene el derecho de esperar que nosotros, aliviados de la carga abrumadora de la tradición, hagamos algo más que repetirlas (Rodó 1967, 570-571).

Por otra parte, y en lo que se refiere a la literatura, Rodó consideraba que América Latina ha seguido dócilmente en los “rumbos literarios” que han impuesto los países de Europa y “singularmente la civilizadora y prestigiosísima Francia”. Esos elementos constituían –escribía en su ensayo “Montalvo”– entre otros, la “Europa lejana, con los prestigios de la civilización rebosante de belleza y de ideas” (Rodó 1967, 599-600) que significaba una importante fuente de inspiración para el autor de *Ariel*. Coincidimos con Enrique Riobó que al reconocer que las páginas de *Ariel* reflejan un “radical” eurocentrismo, también llama la atención a que Rodó “no sólo reproduce los discursos del viejo mundo” (2015, 65), sino que utilizaba los mismos para elaborar sus complejas propuestas de creación de una cultura latinoamericana propia y original. En este proceso histórico-intelectual América todavía se encontraba en un estado intermedio, de desarrollo, afirmaba. Europa era para Rodó anciana mientras que América todavía demasiado joven. Le escribía a Unamuno:

Nuestros pueblos (España por anciana, América por infantil) son perezosos para todo lo que signifique pensar ó sentir de manera profunda y con un objetivo desinteresado. No importa; trabajaremos mientras nos quede un poco de entusiasmo, estimulándonos recíprocamente los que formemos la minoría más o menos pensadora. Otros vendrán después que harán lo que no nos sea concedido á nosotros (Unamuno 2016, 18).

## El viaje

El viaje como tema de historiadores, filósofos, escritores, literatos y otros está presente universalmente desde los tiempos más remotos, basta pensar –entre otros– en *Ulises* (González Otero 2016, 67). Uno de los efectos más notables de la Ilustración y que perduró durante el siglo 19 fue el “redescubrimiento” criollo de América, cuando los intelectuales americanos comenzaron a describir el mundo que los rodeaba desde su punto de vista original. El modelo para los criollos -con raíces europeas- era el Viejo Mundo, que desde finales del siglo 19 se convirtió en una meta de viaje casi obligatoria para los intelectuales latinoamericanos. En el proceso de la

construcción de una nueva identidad “el viaje a Europa es reinterpretado como una forma de evaluación de lo propio a partir de una imagen que se estructuraba al entrar en contacto con el Viejo Continente”, afirma Carlos Sanhueza, agregando que la cultura europea funcionaba como una referencia al buscar el lugar de la cultura hispanoamericana en el mundo (Sanhueza 2007, 61). Muchos de ellos viajaron a Europa “buscando una realidad que les hablara de la modernidad y la civilización de la que carecían las nacientes naciones” (González Otero 2016, 74). Los precursores fueron, entre otros, el venezolano Francisco de Miranda, el argentino Domingo Faustino Sarmiento o la francesa-peruana Flora Tristán. Los intelectuales latinoamericanos que viajaban a Europa ya conocían su cultura, y así sus viajes no eran de descubrimiento, más aún en el caso de Rodó que conocía a fondo la grecorromana. El uruguayo logró cruzar el océano mucho más tarde de lo que él lo había planeado. “Por fin” escribía varias veces en su correspondencia con intelectuales hispanoamericanos y españoles, cuando estaba por partir o ya había partido hacia Europa.

Como señala Guzmán Rubio el género predominante en las diferentes generaciones del modernismo fue la crónica “que privilegió como tema el viaje”. Desde Manuel Gutiérrez Nájera hasta Rodó y muchos otros, escribieron textos sobre sus viajes (Guzmán Rubio 2013, 119), que se centraban en relatar o describir en una forma original y autoral temas reales (Barisone 2017, 54). Dichas crónicas reflejaban también el espíritu cosmopolita, característico del modernismo, también si Rodó observaba este fenómeno con reservas. Al no ser relevante desde el punto de vista de esta ponencia, no analizamos los géneros literarios que Rodó combinó en sus textos, desde las crónicas, memorias o parábolas, hasta el periodismo testimonial en relación con la Gran Guerra.

No es sorprendente que Rodó, como todos los intelectuales contemporáneos de América Latina, planeara –durante largos años– visitar Europa, para sumergirse y así tener una experiencia propia en la cultura “madre”. En su correspondencia retomó varias veces al tema del viaje por realizar. En un correo enviado a Unamuno (con quien después del intercambio de algunas cartas ya se trataban de amigo), escribió en marzo de 1904 que el planeado itinerario europeo serviría para “oxigenar su alma”, ya que la situación política del país le hacía sentir no sólo incómodo, sino hasta “hastiado”. Rodó aquí hacía referencia a su actuación política en el Partido Colorado, que dirigido por José Batlle y Ordóñez (presidente uruguayo: 1903-1907, 1911-1915) realizó un ambicioso programa de modernización. Rodó se alejó de a poco de estas políticas y a pesar de que permaneció en el partido se convirtió en un importante opositor del presidente. El autor de *Ariel* le relataba a Unamuno:

Lo innegable es que, para los que tenemos aficiones intelectuales y tendencias á una vida de pensamiento y de cultura, resultan, más que incómodas, desesperantes las condiciones (siquiera sean transitorias) de este ambiente, donde apenas hay cabida sino para la política impulsiva y anárquica (Unamuno 2016, 65).

Más abajo agregó que él, personalmente está “muy hastiado” de lo que sucede en el Uruguay, agregando que “y talvez, talvez, si logro arreglar mis asuntos, no pasará un año antes de que me vaya a oxigenar el alma con una larga estadía en esa Europa” (Unamuno 2016, 65). Además, añadía, no sólo se había cansado de la política y vida social del Uruguay, sino también de que la vida literaria “se arrasara en el país y también en general en América muy perezosa y lánguida” (Unamuno 2016, 65). Medio año más tarde, en septiembre de 1904, en otra carta aseguraba a Unamuno que no había abandonado su “esperanza de ir en breve á Europa” (Unamuno 2016, 68), pero no se dieron las circunstancias para poder cruzar el océano. Diez años más tarde y todavía sin poder haber realizado su plan de recorrer Europa, en febrero de 1914, se quejaba en una carta enviada a su amigo Hugo D. Barbagelata de que no puede esperar “atenciones” del Gobierno de Batlle por ser “radicalmente adversario de él”, a quien además combate abiertamente por la prensa. “Si yo fuera argentino o chileno, habría ido a Europa veinte veces, porque en esas vecindades se cotiza un poco más alta la representación de ciertos nombres [...]” afirmaba decepcionado (Rodó 1967, 1459). Sus biógrafos y otros señalan también que Rodó en estos años enfrentaba importantes problemas económicos.

Más allá de los anhelos de viajar y “oxigenar” su mente, Rodó creía que el viaje, en general, además de ser un instrumento para poder alejarse de los problemas cotidianos, funcionaba también como una cura que ayudaba la regeneración intelectual. En su obra filosófica, *Motivos de Proteo*, aseguraba que “la práctica” de la renovación de la intelectualidad, que en sí es una de las necesidades innegables de la vida, es el viajar: “Reformarse es vivir. Viajar es reformarse” (Rodó 1967, 412) enfatizó, apuntando a que al mismo tiempo el viaje cobra otras funciones, como la de ser un contrapunto de la rutina y de la rigidez (Rodó 1967, 412). “La expatriación de los viajes es, por eso, antídoto supremo del pensamiento rutinario, de la pasión fanática, y de toda suerte de rigidez y obcecación”, afirmaba el escritor de *Ariel*, al elaborar la idea de que los dos instrumentos para poder apartarse del ambiente en que uno vive y también para reivindicar la regeneración y la libertad interior son los viajes y la soledad, “distribuyéndolos con sabiduría” (Rodó 1967, 413). En palabras de Rodó:

Por eso, no enseña el viajar únicamente a representarse luego con exactitud las cosas que pasen, en ausencia nuestra, en los países que hemos visto: también aumenta la perspicacia y el brío

de la imaginación para suplir al conocimiento real de lo demás que hay en el mundo, Y aún más que en el mundo de nuestro mismo tiempo, la propia intuición de lo pasado, la concepción viviente y colorida de otras épocas, de otras civilizaciones, ganan en ti desde que viajas una vez, aun cuando sea por pueblos donde no haya huellas ni reliquias de aquel pasado. Lo que importa es que te emancipes, por la eficacia de tu viaje primero, de la torpeza imaginativa a que, más o menos, nos condena siempre la visión de una sola cara de la realidad; la que hallamos, al nacer, delante de los ojos (Rodó 1967, 415-416).

Después de más de una década de planificación Rodó finalmente logró realizar su viaje a Europa como corresponsal de la revista bonaerense *Caras y Caretas*, sin ningún apoyo estatal uruguayo y partió desde el puerto de Montevideo hacia Portugal a bordo del buque Amazon el 14 de julio de 1916. La crónica como género preferido del modernismo se ajustaba perfectamente a los avances de la prensa, que para finales del siglo 19 ya llegaba a considerablemente más gente, debido también al desarrollo (aunque a veces lento y cuestionable) de la enseñanza. De esta manera, como lo señala Barisone, los escritores e intelectuales encontraron un espacio para “insertarse profesionalmente” en el mercado, principalmente en las páginas de los diarios y revistas (2017, 52). Al consolidarse varios diarios importantes a nivel local y continental muchos escritores, como también Rodó, optaron colaborar con éstos para estabilizar su situación económica (Guzmán Rubio 2013, 120).

En una carta enviada a su amigo, el escritor y periodista Juan Antonio Zubillaga el 9 de julio de 1916, o sea cinco días antes de la partida hacia Europa, Rodó adelantaba así los detalles de su viaje:

Me embarco el 14 para Europa. Le supongo enterado de los antecedentes: voy como colaborador de *Caras y Caretas*, según lo convenido personalmente con el Dr. Alvarez, que estuvo a principios de mes en ésta (ciudad). Mi compromiso es escribir tres correspondencias al mes, que se me retribuyen con 650 nacionales, o sea 250 oro uruguayo. Dentro de breves días estaré, pues, lejos de la patria y de Batlle [...] (Rodó 1967, 1430).

El itinerario incluía Portugal, España e Italia, y a pesar de que su viaje quedó inconcluso por su muerte en Palermo, igual es llamativo que no haya incluido ni siquiera en sus planes a Grecia. Como lo señala San Román: “es sorprendente que no figure Grecia, y específicamente Atenas, en un itinerario ideal de quien es claramente cultor del mundo helénico clásico” (San Román 2010, 318). Una de las características más importantes de las crónicas de viaje que Rodó escribió en Europa era “la asociación de América con la herencia latina”, afirma Cristina Beatriz Fernández, agregando que el uruguayo “no deja de poner en primer plano la filiación

cultural de la América Hispánica con la lengua y la cultura latina” (2015, 272). Sus 22 notas que ha mandado a *Caras y Caretas* incluyen, entre otros, crónicas de viaje, ensayos e informes de guerra.

En una de las crónicas más complejas de esta serie, “Ciudades con alma” Rodó plantea una comparación de la historia de América con la de las ciudades italianas que tanto admiraba y que se desarrollaron a lo largo de los siglos de una forma independiente hasta integrarse en la Italia unificada. Ese desarrollo atomizado hizo posible que estas ciudades conserven su propio carácter, afirmaba. Rodó aquí proponía que “una centralización prematura hubiera restado gran parte de su fuerza y espíritu” (Rodó 1967, 1295). Como si hablara de América Latina exponiendo sus ideas elaboradas en *Ariel* y otras obras sobre la importancia que tiene en el progreso de cada comunidad, país, nación o hasta “raza” el desarrollo original y propio. Coincidimos con la ya citada Fernández quien asegura que en estos escritos de Rodó “Europa funciona como un observatorio privilegiado para hipotetizar acerca de procesos que bien podrían darse de modo homólogo en al América Latina” (Fernández 2015, 274). El mismo Rodó aseguraba en una entrevista: “pienso [...] que el magno problema a que deben atender los pueblos hispano-americanos es el de formar una «conciencia nacional», una personalidad colectiva, propia y característica, que se refleje en su cultura” (Charras 1916, 32-33). Pero América solo está dando los primeros pasos, aunque prometedores, de este proceso, afirmaba:

(En América) Tenemos sólo esbozos, larvas de ciudades, si se atiende al espíritu, al carácter de la personalidad urbana; aunque sean a veces larvas o esbozos gigantescos, con capacidad material para que se infunda dentro de ellos un espíritu gigante (Rodó 1967, 1295).

Para Rodó las ciudades son los focos de toda civilización, donde se concentra la cultura, desarrollando “personalidades” únicas: “así entendida la ciudad, madre de toda civilización, foco irradiador de toda patria, digo que no hay pueblo moderno en que las ciudades sean tantas y tan; «personales» y sugeridoras, como en este pueblo de Italia” (Rodó 1967, 1294). Una de las ciudades con “personalidad” especial para el uruguayo fue Nápoles que le hacía recordar su ciudad natal, Montevideo y no solo por sus condiciones geográficas, sino también por sus raíces españolas y en su artículo “Nápoles la española” citaba a Francisco Orejuela afirmando que “No hay más que tres ciudades en el mundo: Nápoles, Sevilla y Montevideo”. Rodó resumió así sus sentimientos sobre Nápoles:

Nápoles se aseá, se enriquece, se educa, pero no se descaracteriza. En lo bueno como en lo malo, continúa siendo esencialmente española. Y con decir que es sustancialmente española, dicho se está que participa de hispanoamericana afinidad que aparece de relieve si se establece la comparación



con aquellas partes de América cuyo desenvolvimiento, menos impetuoso y acopiador, ha mantenido relativamente intacto el núcleo original. Yo he sentido despertarse y sonreír mi velado instinto criollo reconociendo en las calles de Nápoles cosas que me parecían del terruño, líneas y matices de mi ciudad nativa, en lo que ésta tiene aún de característico, de tradicional, de pintoresco; semejanzas que completa la imaginación con la curva armoniosa de la bahía, cuya entraña custodia, como un «Cerro» agigantado y flamígero, el Vesubio (Rodó 1967, 1302).

Durante su estadía en España lo que más interés despertó en Rodó fue Barcelona, tierra de sus antepasados. “Barcelona, la ilustre y hacendosa ciudad, raíz de mi sangre y objeto siempre para mí de estimación y simpatía, que acrecentaban mi deseo de verla” (Rodó 1967, 1250), escribía. Aquí discutió con intelectuales locales sobre el primer nacionalismo catalán, que describió en una nota de dos partes; quedó profundamente impresionado por el Instituto de Estudios Catalanes y la Biblioteca de la ciudad y también admiró la convivencia de lo clásico y lo moderno, pero con ciertas reservas. Detrás de todo el “anhelo de la originalidad, la aspiración a producir algo propio” que encontró en Barcelona, descubrió también que esa aspiración llevaba a “discutibles extremos”, como la Sagrada Familia, que describió como una “novedad arquitectónica y decorativa, de ultramodernismo plástico” que le causó “un choque violento para quien está educado en el gusto de la línea pura” (Rodó 1967, 1253-1254).

Rodó también tomó nota de algunos novedosos aspectos de la vida moderna y urbana, mencionando, entre otros, los –en aquel entonces todavía nada usuales– vuelos comerciales, así como el ciclismo. En Barcelona anotó: “Después de rápido paso por la corte, y de un viaje en ferrocarril que me hace pensar, con envidia profética, en los que burlarán a los calores del futuro viajando en aeroplano, llego una tórrida noche a Barcelona [...]” (1967, 1250). Meses más tarde, ya en Italia, en la ciudad de Pisa escribía sobre el ciclismo urbano:

Un aspecto callejero de la Pisa actual: pisanos y pisanas gustan extraordinariamente de la bicicleta. Estas modernas máquinas, no rara vez dirigidas por leves pies femeniles, cortan en raudos zigzags la soledad de la vetusta Vía del Borgo o de la Plaza de los Caballeros, donde aún se figura la imaginación en tiempos de Ugolino. No me parece mal. Pero confieso que preferiría, dentro de tal marco, literas y carrozas, o los caballos de la paseata que interrumpe «el triunfo de la Muerte», en el famoso fresco del Campo Santo (1967, 1268).

## La Gran Guerra

Otros de los grandes temas que Rodó trató durante su viaje por el viejo continente fue el de la Primera Guerra Mundial que lo había afectado profundamente y ya antes de iniciar su itinerario europeo había publicado varios artículos sobre temas bélicos, expresando su incondicional apoyo a la causa de Francia y sus aliados, así como su rechazo general de la violencia. Páginas impregnadas de desencanto y desilusión. Antes de partir hacia Europa, en 1914, cuando estalló la Primera Guerra Mundial, el pesimismo de Rodó era profundo y parecía perder su fe en la fuerza de los cimientos de la civilización europea. Escribía ese año en un artículo titulado “Las matanzas humanas”:

[...] la guerra, que desata en los mismos centros de la cultura humana los instintos bárbaros del odio, la iniquidad y torpeza de la fuerza, y pone en duda si esta civilización, cuyos desenvolvimientos materiales tanto nos enorgullecen, lleva efectivamente en sí el principio moral capaz de preservarla de la ruina y la disolución en que otras civilizaciones terminaron (1967, 1220).

Dos años más tarde y a pocos meses de iniciar su viaje ya expresó, en la entrevista cedida a *Caras y Caretas* su confianza en que después de los sacrificios se llegaría a un orden mundial más justo:

Creo [...] que el triunfo de las naciones aliadas en la lucha contra el imperialismo alemán determinará la tendencia a un orden internacional más justo, más amistoso y más estable. Pero [...] no creo en resultados de paz y justicia internacional absolutos y definitivos; no creo en paraísos restaurados para siempre sobre la tierra, por obra y gracia de la paz que haya de firmarse. Pienso que no serán perdidos los sacrificios de esta guerra espantosa si de ella sale fortalecida la esperanza de llegar algún día a la realidad del derecho internacional (Charras 1916, 32-33).

Las crónicas y artículos que Rodó escribió sobre la guerra ya estando en Europa reflejan sus profundas impresiones causadas por la crueldad. Mientras paseaba por las calles de las admiradas ciudades de Italia, tenía que enfrentar el ruido de la guerra, aunque ese ruido haya sido simbólico, ya que en las ciudades visitadas no hubo actos bélicos. En “Un documento humano” (diciembre de 1916) al citar el cuaderno de un oficial austríaco, que describía de una manera cruda y natural la situación en las trincheras, Rodó se planteó un inquietante interrogante: “Pienso en los pintores de batallas, y pregunto cuál sería el poeta capaz de poner en bellas rimas estos vientres destripados, estos pingajos de carne, estos torsos semideshechos, estos

lodazales de sangre, estos sesos fuera de su cráneo [...]” (1967, 1285). En otra crónica (“Anécdotas de la guerra”) describió la crueldad de la guerra con una potente imagen de una mujer que huye con sus dos hijos en sus brazos, en medio del fuego de los italianos y austríacos (1967, 1281).

Rodó recordó en un artículo ya citado (“Las matanzas humanas”) que la Gran Guerra estalló tras un largo periodo de paz que perduraba desde hace largas décadas en Europa y expresó sus dudas respecto a la solidez de “esta civilización”:

Es el caso de preguntarse si esta civilización, cuyos desenvolvimientos materiales magnifican de tal manera el Poder y la riqueza del hombre, lleva efectivamente en sí el principio moral capaz de preservarla de la disolución, o si, a semejanza de civilizaciones que la precedieron, está destinada a caer desde la cúspide de sus grandezas [...].

Más abajo agregó que “si esa alianza de la Europa occidental cayese vencida, no sabría ahora precisarse por qué rumbos oscuros se orientarían los destinos del siglo que comienza” (1967, 1219-1222). En otro artículo (“La esperanza en la Nochebuena”) Rodó asimismo consideró con resignación las guerras como parte de la civilización, ya que en la historia de la humanidad siempre las hubo:

[...] no ha pasado un minuto, uno sólo, en que el brazo del hombre no haya estado suspendido sobre el pecho del hombre; en que la sangre, el odio, la matanza, al Norte o al Sur, a Oriente o a Occidente, no hayan mantenido erguida sobre el mundo la sombra de Caín, eterna, inconjurable, soberana [...] (1967, 1282).

Después de recibir malas noticias sobre su salud de un médico en Pisa, Rodó paseaba por las calles, como él mismo lo registró, “melancólico” y afectado por la “noble tristeza” de la ciudad, cuando un encuentro inesperado activó en sí el “maestro”, el Próspero de *Ariel*, al toparse con un grupo de jóvenes venezolanos estudiantes de medicina.

Noble es la tristeza de Pisa y [...] empezaba a sentirme excesivamente melancólico, cuando [...] me envuelve de improviso una onda fervorosa de juventud, de alegría, de entusiasmo y de patria. Es un grupo de jóvenes venezolanos, que [...] conocedores de mi presencia, me forman, para mis restantes horas de Pisa, el más afectuoso y grato acompañamiento que yo hubiera podido imaginar. «Arielizamos» en sobremesa platónica; recordamos largamente, la América lejana y querida [...] (1967, 1268).

El fruto de esta “larga sobremesa” que resultó ser una buena oportunidad para *arielizar* fue un documento en el que los venezolanos criticaban el bombardeo austríaco de Venecia y en cuya redacción, afirma San Román, Rodó participó activamente. Tanto el volante de los estudiantes, como la carta de adhesión de Rodó “rezuman de arielismo: respeto de por la tradición latina, énfasis en la función de la juventud de resguardar la latinidad”, entre otros (San Román 2017, XLIV). El manifiesto condenaba el bombardeo y agregaba que “este grito de alarma nacido en nuestros pechos juveniles, será suficiente a despertar desde los ventisqueros mejicanos hasta las riveras (sic) del Plata, un gesto de reproche contra el delito que amenaza destruir el más alto patrimonio de la humanidad” (San Román 2017, XLV).

Rodó aseguró adherirse a la causa con sus “más ardientes simpatías”, y más abajo agrega varias frases que podrían ser copias de las páginas de *Ariel*:

Siempre fue sentimiento “americano” el entusiasmo generoso por todo lo noble, por todo lo desinteresado, por todo lo grande, y recíprocamente, la repulsión instintiva por los abusos de la fuerza, por las torpezas de la barbarie, por las perversidades de la iniquidad. Digan es, pues, de ese grupo de juventud americana tan oportuna iniciativa que ha de propagarse [...] reuniendo en un sentido único el corazón y el pensamiento de las nuevas generaciones (San Román 2017, XLVI).

### A modo de conclusión

Rodó –a pesar de sus impresiones– nunca perdió su fe en el porvenir y en que las próximas generaciones serán capaces de realizar sus sueños, tampoco cuando vio de cerca la guerra y que Europa y su civilización estaba bajo un ataque cruel “de la barbarie”, algo que –tal vez– confirmó su convicción de que su América salvará el futuro. En sus artículos enviados desde Europa a *Caras y Caretas* no profundizó esencialmente sus ideas morales o las ya desarrolladas anteriormente sobre la civilización: cumplió su labor de corresponsal, pero –naturalmente– a la altura de la intelectualidad del “maestro de América”. Murió solitario en la ciudad de Palermo el 1 de mayo de 1917, dejando inconcluso su itinerario que había planeado durante más de una década. Estos poco más de nueve meses cobraron un triple carácter: el de un viaje intelectual, en el que Rodó pudo sumergirse personalmente en una cultura que pocos conocían a esa profundidad; el de un viaje de búsqueda de sus raíces, sean culturales o familiares; así como el de una huida, dejando atrás sus conflictos políticos. Por otra parte, y a mediados de 2023, en el centro de Europa, todo justifica hacer eco de las palabras de Rodó citadas más arriba:

[...] la guerra, que desata en los mismos centros de la cultura humana los instintos bárbaros del odio, la iniquidad y torpeza de la fuerza, y pone en duda si esta civilización, cuyos desenvolvimientos materiales tanto nos enorgullecen, lleva efectivamente en sí el principio moral capaz de preservarla de la ruina y la disolución en que otras civilizaciones terminaron (1967, 1220).

### Referencias bibliográficas

- Anderle, Ádám. 1989. *Nemzetstudat és kontinentalizmus Latin-Amerikában a XIX. és a XX. században*. Budapest: Kossuth.
- Andueza, María. 2001. "Los hijos de Ariel." *Cuadernos Americanos*, 85: 36-42.
- Barisone, José Alberto. 2017. "El viaje en la crónica modernista. El caso de Rubén Darío." *Letras*, 76: 49-62. <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/greenstone/cgi-bin/library.cgi?a=d&c=Revistas&d=viaje-cronica-modernista-casodario>.
- Charras, Julián de. 1916. "Montevideo intelectual con José Enrique Rodó." *Caras y caretas*, 912: 32-33. <https://hemerotecadigital.bne.es/>.
- Fernández, Cristina Beatriz. 2015. "Ariel en la Gran Guerra: notas sobre las crónicas europeas de José Enrique Rodó." *Creneida*, 3: 261-278.
- González Otero, Angélica. 2016. "Definiciones y aproximaciones teóricas al género de la literatura de viajes." *La Palabra*, 29: 65-78.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. 1993. "La literatura hispanoamericana de fin de siglo." En *Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo II. Del neoclasicismo al modernismo* editada por Luis Iñigo Madrigal, 496-506. Madrid: Cátedra.
- Guzmán Rubio, Federico Augusto. 2013. *Los relatos de viaje en la literatura hispanoamericana: Cronología y desarrollo de un género en los siglos XIX y XX*. Tesis doctoral. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid. [https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/661755/guzman\\_rubio\\_federico\\_augusto.pdf?sequence=1&isAllowed=y](https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/661755/guzman_rubio_federico_augusto.pdf?sequence=1&isAllowed=y).
- Hale, Charles A. 1991. "Las ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930." En *Historia de América Latina* editada por Leslie Bethell, 1-64. Vol. 8. Barcelona: Crítica.
- Martí, José. 1986. "Nuestra América." En *Ideas en torno de Latinoamérica*, 122-129. Vol. I. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Nagy, Marcel. 2000. "Ariel y política en Rodó." *Acta Hispanica*, 5: 25-38.
- Pratt, Mary Louise. 2010. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Riobó, Enrique. 2015. "Antigüedad y modernidad en el Ariel de José Enrique Rodó." *Revista Pléyade*, 15: 41-68.
- Rodó, José Enrique. 1967. *Obras completas*. Madrid: Aguilar.
- Sanhueza, Carlos. 2007. "En busca de un lugar en el mundo: viajeros latinoamericanos en la Europa del siglo XIX." *Estudios Ibero-Americanos*, XXXIII: 51-75. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=134618617004>.
- San Román, Gustavo. 2010. "Teoría y práctica del viaje en José Enrique Rodó." En *Los viajeros y el Río de la Plata: un siglo de escritura*, editado por Jean Barnabé, Linsey Cordery y Beatriz Vegh, 314-323. Montevideo: Linardi y Risso.
- San Román, Gustavo. 2017. "Prólogo." En José Enrique Rodó. *Escritos europeos*. Montevideo: Ministerio de Educación y Cultura.
- Unamuno, Miguel de. 2016. *Unamuno y Uruguay. Archivo epistolar*. Editado por Elena Romiti. Montevideo: Biblioteca Nacional de Uruguay.
- Zea, Leopoldo. 1986. "América Latina: Largo viaje a hacia sí misma." En *Ideas en torno de Latinoamérica*, 281-291. Vol. I. México: Universidad Nacional Autónoma de México.